

Ricardo Menéndez Salmón

Homo Lubitz





Seix Barral Biblioteca Breve

Ricardo Menéndez Salmón
Homo Lubitz

© Ricardo Menéndez Salmón, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-322-3329-6
Depósito legal: B. 26.290-2017
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

DOCTOR FAUSTO

O'Hara contempló el Bund desde su *suite* en la planta 82 del Grand Hyatt Shanghai, un hotel de lujo construido dentro de la Jin Mao Tower. El Huangpu despedía un color tóxico, como si en sus aguas fermentara un gigantesco cadáver. Esplendores. Caídas. Auges y apocalipsis yuxtapuestos. Una civilización en proceso de éxtasis y pudrición.

Veinticuatro años antes, el 18 de febrero del 2001, un hombre llamado Han Qizhi había ascendido el exoesqueleto de la Jin Mao Tower vestido con ropa de calle y valiéndose de sus manos desnudas. Cuando la policía lo detuvo tras escalar cuatrocientos metros, presentaba síntomas de congelación y estaba cubierto de sangre. O'Hara asumió que Han Qizhi, el alpinista urbano, era una razonable metáfora de la inefabilidad asiática. Porque China era un sueño y una pesadilla a la vez. Y ni el uno ni la otra eran posibles de explicar de manera satisfactoria.

Llevaba dieciocho meses moviéndose en el arco de dos mil trescientos kilómetros que separaba Pekín de Hong Kong. Transcurrido ese tiempo debía confesar que no entendía gran cosa. Los chinos eran inescrutables. Nunca era

posible saber lo que pensaban, si les dolía el corazón de nostalgia o les explotaba de gozo. En realidad, ni siquiera era posible saber si tenían corazón.

Bebiendo el primer café de la mañana, mientras las gabarras transportaban montañas de arena y grava, ejércitos de bicicletas y toneladas de pescado en salazón, recordó las palabras de Zhao, su intérprete: «Un occidental que pasa dos días en China proyecta redactar una enciclopedia; si visita el país durante dos meses, planea escribir una novela; cuando lleva viviendo aquí dos años, se abstiene de enviar cartas a casa».

En alguna parte de la *suite* sonó el motivo de *La cabalgata de las valquirias*. O'Hara buscó su móvil entre las sábanas de la cama deshecha, sobre el sofá, junto al televisor. Cuando casi se había dado por vencido, halló su teléfono dentro de un zapato. No tuvo tiempo de preguntarse cómo había llegado hasta allí.

—Está hecho —anunció una voz solemne.

Como siempre que escuchaba a Blomquist, sintió frío en la nuca, la presencia de alguien a su espalda.

Al otro lado del Huangpu, una de las cristaleras del antiguo Banco Ruso-Chino, ahora sede del Shanghai Gold Exchange, destelló por un instante. Desde su observatorio de la Jin Mao Tower, O'Hara recordó haber leído que el banco fue el primer edificio de Shanghai en el que se instalaron servicios sanitarios. Lo asaltó una imagen imposible, tan excéntrica que tuvo que sonreír: un desdentado obrero chino, analfabeto y muerto hacía decenios, fumaba sentado mientras cagaba en un váter reluciente.

—¿Me escucha?

La voz de Blomquist lo arrancó de su delirio. El destello se había apagado, como la luz de una estrella devastada milenios antes de la existencia del hombre sobre la

Tierra. El frío en la nuca había dado paso a una sensación ambigua, entre el pavor y la alegría, instalada en su tórax.

—Sí —se oyó responder.

Sintió su ritmo cardíaco acelerarse, la sangre oscura y brillante, una masa efervescente recorriendo los circuitos del cuerpo. Esperaba esa llamada desde hacía tanto tiempo que por un segundo se olvidó de Shanghái, de China, del maldito continente. Incluso pudo oler el aroma de la genciana en la piel de su madre, otra estrella extinta en algún rincón de la infancia.

La mañana estaba llena de prodigios.

—El señor Yu pasará por su hotel dentro de treinta minutos. Están dispuestos a firmar.

Cuando Blomquist cortó la comunicación, O'Hara experimentó un cansancio infinito. Así que eso era el triunfo. Quinientos millones de dólares para Arconte Limited como mediadora, y un uno por ciento para él como creativo, dejaban esa resaca muscular, parecida a la que se siente tras haber golpeado un saco de boxeo reiteradamente.

Activó el calendario del Sony Xperia Z11 y las cifras centellearon. Eran las 8.05 horas del día 24 de enero del año 2025 según horario de Pekín. Imaginó las sedes corporativas en Auckland, Buenos Aires, Chicago, Estocolmo, Nairobi, Riad, Roma, San Petersburgo, lugares en los que nunca había puesto el pie pero que conocía como la palma de su mano. Imaginó tantas vidas activas, el ajetreo de limpiadoras y guardias de seguridad, los botiquines de primeros auxilios y los desfibriladores, los protocolos para el abandono de los edificios en caso de incendio o terremoto, las miríadas de información contenida en los núcleos de silicio mientras inteligencias invisibles devanaban los hilos apoteósicos de la astronáutica, la nanotecnología, la microcomputación.

Y aquel mundo complejo, riquísimo; aquel tejido fenomenal, más poderoso que muchos países del planeta; aquel entramado de anhelos y altruismo mezclado con pura rapiña y la más insensata codicia, tenía ahora la vista puesta en él, en su *suite* de la planta 82 del Grand Hyatt Shanghai.

En 1633 apareció publicada en Bolonia la primera descripción del aislamiento de la lactosa, efectuada por un físico llamado Fabrizio Bartoletti. Lo que Bartoletti había logrado aislar era un disacárido, esto es, un glúcido formado por la unión de dos azúcares. En concreto, los dos azúcares cuyo vínculo había descrito y probado eran una glucosa y una galactosa.

La lactosa aislada por Bartoletti, comúnmente llamada azúcar de la leche, se encuentra presente en la leche de las hembras de los mamíferos, desde la camella hasta la mujer, a excepción de focas, morsas y leones marinos, en una proporción cercana al cinco por ciento. En los seres humanos la correcta absorción de la lactosa exige la presencia de una enzima llamada lactasa, que se produce en el intestino delgado y permite la descomposición del disacárido en sus dos componentes. La secreción de la lactasa es una de las conquistas evolutivas más recientes de la especie humana, pues sucedió hace apenas ocho mil años. Sin embargo, la ausencia de dicha enzima continúa siendo muy frecuente, y su principal consecuencia, conocida como intolerancia a la lactosa, induce un síndrome clínico que se manifiesta en forma de diarreas, flatulencias, náuseas, sensación de empacho y dolor abdominal.

El mapa de la intolerancia a la lactosa es difuso. En cualquier caso, y a poco que un espectador estudie su des-

pliegue, advertirá que China es uno de los lugares donde la lactofobia resulta más acusada. O'Hara vio por vez primera ese mapa a comienzos del año 2022, durante una de las sesiones de *brainstorming* que Arconte Limited imponía a sus creativos de forma periódica. Las sesiones consistían en un encuentro virtual a través de un módulo común de interfaz, OpenMind 3.0, que proponía a los usuarios un intenso episodio de comunidad intelectual. La impresión, expresada con talento por uno de los colegas de O'Hara, era la de «recibir en el salón de tu casa a una veintena de desconocidos con los que estás obligado a compartir una orgía sensorial». Las sesiones consistían en un bombardeo de datos en apariencia inconexos recabados en distintos feudos: fuentes gubernativas y empresariales, registros de periódicos y televisiones, material de diverso tipo y relevancia. El conjunto, organizado como una avalancha de información, provocaba en sus receptores un alud de estímulos. Lo subliminal y lo enfático se daban la mano; gráficos y nombres propios competían por un segundo de atención; la vida, la muerte, el caos, los negocios, la búsqueda de la felicidad o del placer desfilaban como disparos de pura luz ante las retinas de los creativos.

Cierto que la mayoría de los estímulos golpeaban en el vacío, pero de vez en cuando uno de ellos activaba el motor interno de los receptores y germinaba en una idea. El efecto no siempre era inmediato. Como O'Hara sabía por experiencia, sus mejores logros habían necesitado de un largo periodo de incubación, y no habían aflorado hasta pasado un tiempo. En esta ocasión no fue distinto. Tuvieron que transcurrir varios meses antes de que relacionara el mapa de la intolerancia a la lactosa con su brillante intuición. Pero cuando un día del verano de ese mismo año

de 2022, sentado en un restaurante griego de la ciudad de Fráncfort, un comensal en la mesa contigua comentó señalando una porción de feta cuánto había echado de menos el queso durante su reciente estancia en China, una luz se encendió dentro del cerebro de O'Hara.

Esa luz, casi tres años y muchos miles de quilómetros más tarde, estaba a punto de convertirlo en un hombre absurdamente rico.

Las formas en China lo eran todo. Aunque las reglas que las regían resultaban complejas de interpretar. Que O'Hara hubiera sido incapaz de aprender el idioma, no facilitaba las cosas. Por eso, cuando la ayudante del señor Yu llamó a la puerta de su *suite*, comenzó la enésima representación de la torpeza desde que había visitado por vez primera el país.

O'Hara dio un paso hacia adelante, en dirección a la mujer, pero ella se desplazó lateralmente, creando un vacío entre ambos. El gesto, nacido como una invitación a estrecharse la mano, se convirtió en un paso falso de ballet. El demoledor espejo tubular del pasillo del Grand Hyatt Shanghai le devolvió la imagen de alguien obstinado en representar una pantomima carente de gracia. Por un instante, olvidó los cinco millones de dólares y experimentó un hastío brutal.

Puesto que su mano había dibujado un gesto fallido, se la guardó en el bolsillo de la americana. Por un segundo permanecieron estáticos y en silencio, O'Hara reflejándose en el espejo monstruoso y la mujer girada cuarenta y cinco grados hacia un interlocutor que aún no había abierto la boca.

—Buenos días, señor O'Hara —dijo la mujer.

O'Hara sintió un tirón en su vanidad y también, de un modo extraño, un calor intenso en la parte baja del vientre. Extraño porque la mujer, al modo chino al que se había acostumbrado con resignación durante el último año y medio, era muy poco atractiva. Había llegado al país embriagado por una serie de tópicos acerca de cabellos sedosos, cutis de talco, cuerpos de muchacha bendecidos por la hospitalidad asiática. Y aunque se había encontrado con todo aquello, y en una cantidad en verdad generosa, había algo en la genética de las mujeres chinas que, en noventa y nueve de cada cien casos, lo desalentaba. Zhao le había enseñado que las perlas de Asia estaban más al sur. Había que viajar a Vietnam, a Camboya, a Tailandia. China no había sido un gran laboratorio para la belleza humana.

Y sin embargo, O'Hara constató durante la mañana de los cinco millones de dólares que Wang Mei, la ayudante del señor Yu, le estaba provocando una erección con su presencia.

—Pase, por favor —dijo señalando el interior de la *suite*.

Wang Mei se desplazó hasta el ventanal sobre el Huangpu. Llevaba un *cheongsam* rojo de seda con dibujos de pájaros y calzaba zapatos bajos. En sus manos sostenía un bolso plano, tamaño A4, perfecto para transportar documentos o dispositivos portátiles. La mujer era como una llamarada en la nieve. O'Hara la siguió mesmerizado por su languidez, tan alejada de la rotunda majestad de las mujeres occidentales.

—Blomquist me ha llamado —dijo mientras Wang Mei miraba el tráfico del río—. Estamos muy satisfechos.

Utilizó el plural por costumbre y disciplina, como si hablar en nombre de Arconte Limited no fuera sólo parte

de su sueldo, sino un mecanismo genético. Se sintió estúpido al hacerlo, pues comprendió que no era preciso. Los chinos eran pragmáticos, pero desconocían la hipocresía sin objeto. Mentían para obtener beneficios tangibles, no para satisfacer tópicos del manual de costumbres corporativas. Aquel «estamos» innecesario flotó entre ellos como el sabor ácido de un eructo.

Wang Mei volvió hacia O'Hara la máscara vacía de su rostro. El fondo de su maquillaje blanco, que le prestaba una edad imprecisa, era de una perfección sin tacha. Ingeniería facial. Una obra de arte que cada noche era destruida por el polvo, el sudor, la prisa, y que cada nueva mañana había que reconstruir.

—El señor Yu llegará en unos minutos —dijo Wang Mei—. Pero antes quería hablarle a solas.

O'Hara advirtió que entraba en un preámbulo, pero fue incapaz de decidir si lo aguardaban el placer o el pánico. No sabía qué paisaje se abriría tras la ventana que las palabras de Wang Mei prometían.

—¿En nombre de quién? —preguntó.

Wang Mei lo miró sin pasión. Como los ojos cegados de las estatuas, su rostro era ilegible.

—Soy mayor de edad —respondió la mujer.

Al otro lado del cristal, más allá de la blancura cada-
vérica y el peinado impecable, presintió el movimiento de
capitales que incendiaba Shanghái, el tráfico de dinero,
deseos y voluntades que activaba el corazón de la ciudad.
Vio en los ojos de Wang Mei el brillo de los dólares ame-
ricanos. La erección continuaba allí, fiel como un perrito.

—China es un país complejo —anunció Wang Mei.

—Todos los países lo son —replicó O'Hara.

—Sí —concedió ella—. Pero China es un país *tremenda-
mente* complejo.

El adverbio trepidó en la lengua. O'Hara tuvo que adivinar su sentido. Como la mayoría de los chinos, incluso entre las élites financieras o políticas, Wang Mei hablaba un inglés regular, por no decir pobre. La fonética era territorio hostil.

—Sobre todo —añadió la mujer— para aquellos que no han nacido aquí.

Sospechó que ella estaba arriesgándose. Que le estaba tendiendo una mano. Que le estaba haciendo una advertencia. Y como si un velo se hubiese descorrido, sus siguientes palabras se lo confirmaron:

—Cuídese mucho. El riesgo comienza ahora.

O'Hara adivinó la estela de un avión que descendía hacia el aeropuerto de Pudong. Lo imaginó estallando en el aire. Era algo inevitable desde el 11 de septiembre. Más de dos décadas no habían borrado aquel destino. La idea de que los aviones no estaban hechos para volar, sino para caer. La idea de que las máquinas, desde su origen, habían sido concebidas para convertirse en un acontecimiento. Después del terror, ya no había poesía ni misterio en el vuelo de los aviones. Sólo el accidente los hacía tolerables. La expectativa de verlos convertirse en chatarra, aleaciones desintegradas, carlingas torturadas por las temperaturas y el impacto. La esperanza de una formidable onomatopeya. ¡Kabum! ¡Brooom! ¡Ssshhh!

Wang Mei levantó el teléfono de la *suite* y comenzó a hablar en chino. O'Hara se sintió un niño expulsado de un torneo. El avión se había borrado de su vista. Buscó las trazas de una explosión en vano, apretando los puños frustrado. Mientras Wang Mei hablaba, observó su espalda con detenimiento. Luego, sin prudencia, viril, se acercó a ella y olió sus cabellos. Pudo sentir cómo la voz de la mujer se detenía en medio de una frase, una pausa leve

pero reveladora. Él respiró con fuerza sobre la coronilla de Wang Mei, aspirando un olor frutal. Todavía no la había tocado. Entonces avanzó un poco más y se apretó contra la espalda del *cheongsam*. Sintió un dolor profundo y a la vez triunfante cuando la polla se aplastó contra los pájaros. El estallido, la carbonización, el implacable hedor del combustible. Wang Mei colgó el teléfono. Al volverse, su rostro no había cambiado, era la impávida blancura de siempre, la vacía vasija de la primera vez, de la última, de todos y cada uno de los encuentros que habían mantenido durante meses. Esta vez O'Hara sintió que la erección cedía sin remedio. Supo que ni siquiera debía disculparse.

Porque no había sucedido nada. Uno tras otro, seguros y ecuanímenes, con constancia de metrónomo, aviones de todo el mundo aterrizaban suavemente sobre las pistas de Pudong.

—Su pasión por el café. Es repugnante.

Antes de convertirse en ceniza arrojada al Atlántico, en un olor en un armario, en una grabación con el sonido de su voz a la que O'Hara regresaba con nostalgia una vez al año, su madre le había enseñado a desconfiar de la gente que no enseñaba los dientes al sonreír.

El señor Yu era una de esas personas.

—Mi abuelo —dijo el señor Yu— vivió hasta los noventa y seis años. Mi padre hasta los ciento tres. Ninguno probó el café en su vida. Usted, señor O'Hara, ¿no querría vivir hasta admirar cómo llegamos a Marte? ¿Conocer la cura contra el cáncer? ¿Ver a un chino en la Casa Blanca?

Wang Mei se permitió una carcajada. O'Hara imaginó las cuentas de un collar cayendo al suelo. La avalancha

de humor amarillo amenazaba con anegar la *suite*. ¿Era un calambre lo que sentía recorriendo sus tripas? ¿Ganas de defecar?

—Hay pasiones innegociables —sentenció—. Aunque nos condenen.

La perla de sabiduría, que como toda muestra de talento que se precie estaba teñida de fatalidad, pareció agradar al señor Yu. Su sonrisa dio paso a un gruñido. El preámbulo de la dialéctica entre café y té parecía concluido. O'Hara supuso que Blomquist y el resto de jerarcas de Arconte Limited se estarían mordiendo las uñas. Se sintió parte de un juego soberbio y severo. Y al tiempo actor de una fábula infantil. Ya no se encontraba en Shanghái, República Popular China, sino en el País de Nunca Jamás.

Si existía un arquetipo de la impasibilidad, el señor Yu aspiraba a encarnarlo. Hablaba poco, era eficaz de un modo sereno y marcial. Macizo, tallado como un buda que en sus horas libres trabajara con mancuernas, el señor Yu había sido el principal interlocutor de O'Hara desde su primer contacto con el Partido. Su reputación lo precedía. Un negociador durísimo, pero justo. Un hombre capaz de destruir vidas, pero ajeno a la vileza. O'Hara sospechaba que el señor Yu había estado en el Ejército, aunque no tenía constancia de ello. Era una intuición que emanaba de su ataraxia y de su forma de impartir órdenes. Porque el señor Yu sólo decía las cosas una vez. Con eso era suficiente.

Estudió la boca cruel, curvada hacia abajo, como si un cable tirara de las comisuras de sus labios. Un anzuelo de carne en un rostro antiguo. El señor Yu desplegó un dedo de su mano derecha y Wang Mei abrió su bolso. O'Hara se crispó. Ante él pasaron, como ante el ahogado en el umbral de la muerte, el carrusel de imágenes atesoradas

durante año y medio. Recuperó el espanto de las multitudes, oyó el estruendo del tráfico en las ciudades, su boca se inflamó con unos pocos sabores irrepetibles: loto, cilantro, pez mandarín. Wang Mei extrajo lo que parecía un memorando. O'Hara alcanzó a distinguir el escudo nacional, la bellísima tipografía, una columna de cifras. Tras tender el pliego al señor Yu, la mujer miró a O'Hara con algo parecido a la ternura. Él sintió un nuevo tirón en las tripas. No había duda. Se estaba cagando.

—Discúlpenme, por favor.

Sentado en el váter con el hedor nacido de su cuerpo cercándolo, fantaseó con el futuro. Con cinco millones de dólares en su poder, Arconte Limited quedaría atrás para siempre. Tenía cuarenta y cuatro años y una salud sin fisuras. No tenía esposa. No tenía hijos. Le gustaban la pesca, la pintura abstracta, las matemáticas. La mayoría de sus pasiones eran pasiones de hombre morigerado, paciente. Sólo su fascinación por los accidentes escapaba a esa disciplina de la quietud.

Mientras la cisterna se llevaba su mierda en dirección a los colectores de Shanghái, desgranó una lista de posibles destinos donde aclimatar su futuro ocio: una cabaña junto al mar de Barents, un decrepito palacio en alguna ciudad del Mediterráneo, una casa blanca y sin teléfono en la costa de Portugal.

—Necesitaba un minuto a solas —se disculpó al regresar.

Sus manos olían a aceite de almendras. Observó a Wang Mei y se preguntó cómo esa mujer podía haberle provocado una erección. Supo que había recuperado el control de sus emociones. Estaba al mando.

Arconte Limited operaba como un gran mecanismo relacional, una mastodóntica cadena de transmisión entre sectores de la realidad a menudo impermeables entre sí e incluso invisibles los unos para los otros. El caso O'Hara, prosaicamente conocido entre la *intelligentsia* como Asunto Lactosa, era un ejemplo de semejante funcionalidad.

A un lado de la ecuación estaban más de mil millones de seres humanos incapaces de llevar a cabo determinada catalización; al otro, los beneficios económicos que supondría la entrada de dicha población en el mercado del consumo de productos lácteos; en medio se hallaba el brillante artefacto científico que permitía, en la tercera década del siglo veintiuno, salvar un déficit corporal y convertirlo no sólo en una ventaja adaptativa, sino en un fabuloso nicho de comercio. Dentro de esta apabullante escenografía, O'Hara jugaba el papel del ingenio que había ensamblado las piezas del mecano al caer en la cuenta de una carencia. Su tarea, tras la epifanía de Fráncfort, había consistido en convencer a los chinos de que sería rentabilísimo para el Gobierno de su país que sus conacionales ejecutaran una pirueta química y de paso enterraran un tabú alimenticio; Arconte Limited, entre tanto, había puesto en marcha sus recursos persuasivos en otros ámbitos, caso de la abracadabrante magia de los laboratorios.

Varios grupos de trabajo habían colaborado en la producción de la resbaladiza lactasa: químicos computacionales y cristalógrafos en Estados Unidos, biólogos moleculares en Europa y la ubicua Solaris, una de las empresas que Arconte Limited prohijaba a lo largo y ancho del planeta, y cuyo cometido último era en el caso presente la producción de la bendita enzima. Las simulaciones de dinámica molecular en escala de microsegundo habían per-

mitido observar cómo se comportaban las proteínas en condiciones fisiológicas reales, con presencia de agua e iones; la cristalografía había informado de la estructura de las proteínas en el estado sólido. La labor, que había sido tan eficaz como tediosa, y cuyo relato constituía una pesadilla terminológica y una *quest* laberíntica que O'Hara se había ahorrado para beneficio de su equilibrio mental, supondría un hito para la industria farmacológica.

En apenas unas semanas, Solaris estaría en disposición de servir a un trece por ciento de la población mundial, de una vez y para siempre, una píldora que con una sola toma le permitiría el acceso a un corpus de alimentos vedados hasta la fecha: leche de cualquier tipo de mamífero, incluida la hembra humana; leche en polvo, evaporada y condensada; mantequilla y suero de mantequilla; nata y nata líquida; queso fresco y fermentado; yogur, flan, natillas, arroz con leche, helados, bechamel. Eran decenas las firmas que estaban haciendo cola frente a las puertas de los colegas del señor Yu para solicitar su parte en el banquete. El estómago chino era el centro del mundo. Lo cual no constituía una simple metáfora.

El momento había llegado. El señor Yu extrajo una estilográfica del interior de su traje, quitó el capuchón y agarró la pluma, una Kaweco, muy lejos de la base. No parecía que tuviera entre las manos un utensilio de escritura, sino un palillo para comer. Atacando el papel desde muy arriba, casi en ángulo recto con respecto a la superficie, trazó un garabato triunfal. Después, sin especial solemnidad, tendió el memorando y la estilográfica a O'Hara.

—Enhorabuena, doctor Fausto —dijo revelando un conocimiento del imaginario de Occidente que O'Hara no supo si interpretar como un agravio o como una deferencia.

Fuera y muy lejos, en el ovillo abigarrado del Huangpu, una sirena pitó desolada y funeral. O'Hara se enterró en los ojos de Wang Mei. Mientras firmaba el memorando e inconscientemente se guardaba la Kaweco en el bolsillo, supo que recordaría ese instante hasta el día de su muerte.